

El fin de la ilusión etíope: una historia recurrente

Por **Diego Buffa**

La República Democrática Federal de Etiopía ha celebrado, el 15 de mayo de este año, sus terceras elecciones democráticas y multipartidarias desde la promulgación de su nueva Constitución Nacional, en 1995. En estos últimos meses los grupos opositores al gobierno del primer ministro Meles Zenawi, a través de protestas multitudinarias, han denunciado el fraude en los comicios, así como su decepción y escepticismo respecto al proceso federal, democrático y multipartidario que se intentó llevar adelante en el país, a partir del inicio de la década de los noventa.

En el presente trabajo buscaremos pasar revista a la constitución del Estado moderno etíope tratando de demostrar que, pese a la construcción en los noventa de un discurso de respeto a la pluralidad étnica y al federalismo, el nuevo régimen continuó una línea histórica de centralismo y unitarismo transfiriendo el rol hegemónico de la etnia amhara a la tigré.

Construcción del modelo centro-unitario etíope

Etiopía constituye uno de los estados más antiguos de África que –salvo un breve período de cinco años de ocupación italiana– nunca fue colonizado por los europeos. Su nombre proviene de la expresión *aethyopios*, “caras quemadas”, con que los griegos llamaron a los que vivían en las tierras del curso alto del río Nilo. La base del mito fundacional y diferencial de esta nación milenaria reside en la leyenda salomónica, la cual nos advierte que la dinastía etíope se remonta al encuentro bíblico entre el rey Salomón y la reina de Saba. Sin embargo, no debemos equivocarnos y pensar que el antiguo imperio etíope coincide con la actual Etiopía. Este, no pasó de ser un pequeño aunque poderoso reino que recién hacia finales del siglo XIX y principios del XX, bajo el reinado del *Negus* (Emperador) Menelik II ensanchó por conquista sus fronteras sometiendo a diversas etnias del sur y del este, conformando así el territorio de la actual Etiopía¹.

Menelik II desarrolló su proyecto expansionista paralelamente y en sintonía con la carrera desplegada por los países europeos por la ocupación del territorio africano. Asimismo, acabó con el nomadismo de la corte, designando Addis Abeba como capital del Estado. Durante su reinado Etiopía, al escapar del colonialismo europeo, desarrolló su propio modelo de colonización nacional, incorporando a su esfera Estados y Naciones (sin Estados) –en otro tiempo independientes– que aún hoy reclaman su independencia y autonomía perdida. Se dio inicio así a un proyecto político estatal centralista-unitario que ignoró el antiguo sistema de equilibrio regional, que permitía un amplio grado de autonomía real a las baronías periféricas.

¹ Cfr. BERTAUX, Pierre: *África. Desde la prehistoria hasta los Estados actuales*, en Historia Universal Siglo veintiuno, volumen 32, Siglo XXI de España Editores, Madrid, España, 1972; CORTES LOPEZ, José: *Introducción a la historia de África negra*, Espasa Calpe, 1984, Madrid; OLIVER, Roland y ATMORE, Anthony: *África desde 1800*, Ed. Francisco de Aguirre S. A., Santiago de Chile, 1977.

El último de los monarcas etíopes, *ras* (señor) Tafari Makonnen, que accedió al trono mediante su nombre bautismal de Haile Selassie (Poder de la Trinidad), durante su reinado llevó al extremo el proyecto político de Menelik II, incrementando los niveles de centralismo estatal.

Con la invasión italiana y la expulsión del emperador, entre 1935 y 1940, se produjo un marcado debilitamiento del proyecto centralista-unitario gestionado hasta entonces por el *Negus*. Para someter al país, los fascistas italianos recurrieron a los súbditos –colonizados durante más de 50 años– y a los antiguos pueblos sojuzgados de Etiopía. Organizaron comandos adeptos entre los Oromo, (este colectivo étnico, posiblemente el más numeroso del país, se había ido integrando al centro amhara y al cristianismo, pero en algunas bolsas rurales todavía incubaba cierto resentimiento contra un Estado que los denominaba *galla* -literalmente, “esclavos”-)². Por su parte, los somalíes, que practicaban el pastoreo en la extensa zona de Ogaden –anexada por Menelik II–, pasaron a ser gobernados desde Mogadiscio.

Cuando Haile Selassie recuperó el trono con la ayuda de las tropas británicas, se apresuró a reconstruir y fortalecer el Estado imperial. Con el apoyo norteamericano recuperó Ogaden (1948) y aplicó represalias entre los oromos que colaboraron con los italianos, confiscando sus tierras y cediéndolas a sus aliados locales. A través de un referéndum supervisado por Naciones Unidas, incorporó nuevamente el territorio de Eritrea y con ello controló al grupo tigré, radicado también al norte de Etiopía.

La fortaleza de Haile Selassie, a su regreso al poder, permitió un cierto endurecimiento del patrón unitarista. La modernización del Estado y del Ejército, así como el apoyo decidido de Washington, animaron al emperador a embarcarse en un centralismo más resuelto. El *Negus Nagast* (rey de reyes) empezaba a convencerse a sí mismo de que la providencia, acompañada de tanques y de dólares, le otorgaba un poder casi ilimitado. Asimismo, el régimen absolutista comenzó a abrirse paso hacia una aristocracia de corte centrípeta y de base predominantemente amhara.

Haile Selassie consiguió domesticar a la nobleza integrándola al funcionariado. El parlamento consultivo, aunque elegido por sufragio universal, estaba repleto de nobles terratenientes. Ministros, militares, gobernadores provinciales y administradores locales participaron de una pirámide de prebendas, de reparto de favores y de recursos, que mantuvo sujetas las elites a los designios del *Negus*.

Con una clase dominante cada vez más afecta al centro y divorciada de sus bases –incapaz de resolver situaciones de inequidad, hambrunas, carencias sanitarias y educativas– la experiencia imperial finalizó cuando se rebelaron y se hicieron del poder los estudiantes y un grupo de jóvenes oficiales, exasperados por la situación del país y por unos sueldos de miseria.

El nuevo régimen, doctrinariamente marxista-leninista, abandonó el tradicional alineamiento etíope a occidente. El *Derg* (comité) se esforzó en dismantelar un sistema de clases cuya supremacía, en el ámbito social, había sido igual o mayor que la dominación europea en el resto del continente africano.

² BOSCH, Alfred: *La vía africana. Viejas identidades, nuevos estados*, en Biblioteca de Estudios Africanos, número 4, edicions bellaterra, Barcelona, España, 1998, pg. 58.

Asimismo, a una ambiciosa reforma agraria y un amplio programa de nacionalización, le acompañó la gestación de un modelo basado en el partido único o partido-Estado³. El ascenso al poder del coronel Mengistu Haile Marian abrió las puertas a lo que se conoció como el “Terror Rojo”.

Mengistu se reveló en múltiples aspectos más absolutista y unitarista que su predecesor. El intervencionismo a los comités rurales enviado desde Addis Abeba, la creación de campos de concentración para los disidentes, el desarraigo y traslado de los campesinos disconformes con el régimen, son algunas de las señales que nos indican que la revolución promovió un clima de clara continuidad que se tradujo en un fortalecimiento del Estado central y una firme coerción al espectro disidente periférico. Mengistu Haile Marian se convirtió, en la praxis, en el nuevo *Negus*. Ante esta situación, numerosos grupos insurgentes lanzaron ataques contra el gobierno. Entre ellos, los más efectivos fueron los de las regiones de Ogaden, Eritrea y Tigré.

Iniciada la década de los noventa el régimen agonizaba, producto del colapso de la URSS, su principal fuente de financiamiento externo. Paralelamente, severas sequías provocaron hambrunas generalizadas⁴. Este nuevo ciclo de falta de alimentos, el cese de financiamiento externo que contrajo a su mínima expresión las redes clientelares y el agotamiento de modelo –percibido por el campesinado como un Estado-patrón esquilante y autoritario–, activó a la oposición. Si la revuelta contra Haile Selassie había sido de naturaleza más urbana que rural –los disturbios que habían llevado al destronamiento del emperador habían tenido lugar, sobre todo, en las ciudades, y especialmente en Addis Abeba–, el fin del gobierno del *Derg* estuvo encarnado por una *etno-revolución*, encabezada por los campesinos.

El cuerpo central amhara, astro nuclear del imperio y el *Derg*, perdía su papel tradicional y pasaba a ser un cuerpo celestial más. Nada reflejó mejor la magnitud del cambio que el horror de los nacionalistas etíopes, en la capital, al presenciar la irrupción de miles de combatientes descalzos y analfabetos, con peinados afro y Kaláshnikov al hombro, que se instalaban en los palacios de los hijos de Salomón⁵.

Se creyó, entonces, que esta nueva etapa representaba un corte histórico más radical que la revolución elitista y capitalina de 1974.

Una propuesta esperanzadora: la *etno-revolución*

El ascenso al poder del Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope (FDRPE), en 1991, proporcionó esperanzas de que el centralismo estatal de hegemonía étnica amhara fuese reemplazado por un Estado pluriétnico, representativo y democrático.

A la conferencia nacional, que tuvo lugar en julio de ese año, organizada por el FDRPE, asistieron veinte organizaciones políticas y étnicas que eligieron un

³ Cfr. VALDÉS VIVO, Raúl: *Etiopía la revolución desconocida*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1977.

⁴ Según las Naciones Unidas unos 4 millones de personas necesitaban ayuda alimentaria en 1990.

⁵ BOSCH, Alfred: *op. cit.*, pg. 68.

Consejo de Representantes que gobernaría durante un período transitorio. Asimismo, el Consejo eligió como presidente del mismo a Meles Zenawi, convirtiéndolo también en Presidente del Gobierno de transición hasta la elaboración de una nueva Constitución Nacional.

Una vez consustanciadas las elecciones para designar los representantes a la Asamblea Constituyente –en las que FDRPE ganó 484 de los 547 escaños– Meles Zenawi se fue perfilando, cada vez de forma más nítida, como el hombre fuerte de Etiopía.

La nueva Constitución, de la ahora llamada *República Federal Democrática de Etiopía*, estableció un gobierno federal y la división del país en nueve regiones y dos distritos autónomos⁶. La letra de la Constitución etíope fue una de las más avanzadas del continente. En ella se reconoció el derecho de autodeterminación de “las naciones, nacionalidades y pueblos” que conforman Etiopía⁷; sus derechos de hablar, de escribir y desarrollar sus propias lenguas; para expresar, desarrollar y promover sus culturas; y para preservar su historia. Se admitió el derecho a la propiedad privada, la asociación sindical y política y la libre expresión, se instituyó la Comisión de Derechos Humanos y la figura del defensor del pueblo y se estableció la igualdad entre la mujer y el hombre⁸.

A través de la vigencia de esta nueva Constitución Nacional, Meles Zenawi, pretendió confirmar su aceptación a las reglas planteadas por sus nuevos aliados occidentales que condicionaban su apoyo político y financiero a la implementación en el país del libre mercado y el pluralismo político, dos principios rechazados por el Frente Popular de Liberación Tigré (FPLT) durante el período insurgente⁹.

La guerra entre Etiopía y Eritrea, iniciada en mayo de 1998, supuso un aviso para las aspiraciones secesionistas de otras comunidades. El régimen, en la praxis, borraba lo escrito por la nueva Constitución, producto de una renovada vocación centralista. No obstante, habría que aclarar que a finales de los noventa los somalíes etíopes se encontraban debilitados tras la pérdida de referencias, ya que Somalia aún no superaba el caos en que se había sumido unos años antes. Oromía, por su parte, más que una secesión exigía una mayor participación en el poder central. Lo mismo sucedía con los amharas, desplazados por los tigreses de la administración después de formar parte de ella, tanto durante el imperio como con Mengistu¹⁰.

⁶ Las regiones son: Tigré; Afar; Amhara; Oromia; Somalí; Benishangul; Pueblos, Naciones y Nacionalidades del Sur (SNPP); Gambilla y Harare. Los distritos autónomos son: Addis Abeba y Diredawa.

⁷ Las nueve regiones de acuerdo a la constitución pueden alterar sus fronteras de mutuo acuerdo, necesitando el consenso de las dos terceras partes de la cámara local, y una mayoría simple en un plebiscito local, para obtener la independencia.

⁸ Cfr., *The Constitution of the Federal Democratic Republic of Ethiopia*, 1994, Article: 29, 31, 35 y 40.

⁹ El FPLT se distinguió en la etapa de lucha armada contra el régimen prosoviético de Mengistu Haile Mariam por su ortodoxia marxista-leninista y defensa del modelo albanés.

¹⁰ CASTEL, Antoni: Guerra y etnofederalismo en Etiopía, en *Nova África*, número 7, CEA-OPSAF, Barcelona, España, enero del 2000, pg. 63.

La consubstanciación de la continuidad histórica

Con las elecciones, celebradas el 15 de mayo de este año, el sueño de un cambio histórico de la Etiopía moderna se terminó por derrumbar. El FDRPE que cinco años atrás consiguiera el 95% de los escaños parlamentarios¹¹, permitiéndole a Meles Zenawi conservar su cargo de primer ministro y hombre fuerte de Etiopía, hoy se ve cuestionado por un amplio espectro de la sociedad.

En las elecciones del 2005 han competido principalmente tres coaliciones integradas por múltiples partidos políticos: el FDRPE representando el oficialismo; la Coalición por la Unidad y la Democracia (CUD) y las Fuerzas Democráticas Etiopes Unidas (FDUE), por la oposición. De una población de alrededor de 74 millones de habitantes se registraron para participar en las elecciones 25,6 millones de etiopes, votando efectivamente el 90% del padrón.

Como una forma de legitimar el proceso electoral y a la vez alejar rumores de fraude, el gobierno autorizó la presencia de 320 observadores internacionales. Los contingentes más numerosos han sido el de la Unión Europea –con 150 representantes–, al igual que el Centro Carter, cuya comitiva estuvo presidida por el ex mandatario estadounidense. A su llegada al país, Jimmy Carter consideró que Etiopía había hecho “grandes progresos” hacia la democracia desde las primeras elecciones nacionales en 1995. Sin embargo, Debebe Eshetu –portavoz de la coalición opositora CUD– consideró que estas declaraciones no se “basan en los hechos” e invitó al ex presidente Carter a hacer un “tour” por Addis Abeba, “cercada por tropas armadas para intimidar a los que apoyan a los partidos de oposición”¹². Pese al clima de hostilidad previo a los comicios, éstos se llevaron acabo y los observadores internacionales solo en casos muy contados señalaron anomalías que quedaron relegadas en sus declaraciones una vez consustanciadas las votaciones.

El devenir de los acontecimientos dejaría en claro la falta de vocación democrática y pluralista predicada por el régimen en el poder. Una vez concluida la votación la oposición presentó denuncias formales de fraude en 229 circunscripciones de las 527 en todo el país¹³.

Las acusaciones de fraude desataron a principios de junio una oleada de protestas populares, ferozmente reprimidas por el gobierno de Meles Zenawi, que se cobraron la vida de 36 personas¹⁴. Más de 3000 personas, entre ellos 500 estudiantes de la Universidad de Addis Abeba, fueron detenidos por participar de las manifestaciones declaradas “ilegales” por el actual régimen. Militantes y líderes de la principal coalición opositora fueron arrestados bajo la

¹¹ Múltiples informes de Organizaciones para la Defensa de los Derechos Humanos en Etiopía, ya en aquel momento, lo acusaron de propiciar un proceso electoral fraudulento.

¹² EUROPA PRESS: “Etiopía celebra mañana sus terceras elecciones democráticas en sus 3.000 años de historia”, Addis Abeba, en <http://www.lukor.com/not-por/0505/14132630.htm>, 14 de mayo del 2005.

¹³ EP/AP: “El líder de la oposición, liberado de su arresto domiciliario tras un acuerdo político en Etiopía”, Addis Abeba, en <http://www.lukor.com/not-por/0506/14133130.htm>, 14 de junio del 2005.

¹⁴ Esta matanza es la más grave desde abril de 2001, cuando la policía mató a 41 personas para reprimir unos disturbios estudiantiles.

acusación de instigar los disturbios. Estos últimos fueron liberados luego que Estados Unidos se pronunciara condenando el "uso excesivo de la fuerza" por parte de los organismos de seguridad de Etiopía y que la Unión Europea llevara adelante un proceso de mediación que permitió que los máximos referentes del CUD alcanzaran la libertad¹⁵.

La prensa independiente no estuvo ajena de los embates del gobierno. El Ministerio de Información revocó la acreditación de cinco periodistas locales que trabajaban para medios extranjeros acusados de escribir "informes no equilibrados" acerca de las elecciones. Asimismo, la policía confiscó las cámaras de reporteros que se encontraban cubriendo las violentas protestas estudiantiles en Addis Abeba. En otro incidente, funcionarios detuvieron al menos a seis editores de la prensa amhárica que fueron citados por el Departamento de Investigaciones Penales (CID) en Addis Abeba el 2 de junio. Los editores de los semanarios privados "Abay", "Addis Zena" y "Menilik" fueron detenidos e interrogados durante varias horas por artículos que publicaron durante el periodo electoral¹⁶.

Pero la represión no se centró en forma excluyente en la capital, sino que se exhibió de manera igualmente impiadosa en las zonas rurales, incluso en aquellas más remotas. El gobierno, valiéndose del ejército y grupos paramilitares armados, ha intimidado, torturado -e incluso se sospecha asesinado- a opositores al régimen. Reproduciendo viejas prácticas que se creían superadas en el país, miles de familias han sido forzadas por el gobierno a abandonar sus animales y tierras, las cuales fueron confiscadas o quemadas en pleno período de cultivo.

A más de dos meses y medio de consustanciadas las votaciones, según datos oficiales, de 435 escaños parlamentarios sobre un total de 547: el FDRPE representando el oficialismo obtuvo 241 bancas, los aliados al FDRPE 20, el CUD 108, el FDUE 51 y otras agrupaciones minoritarias 15. Aún faltan resolver sobre 89 bancas, investigadas por irregularidades denunciadas en los comicios y otras 23 más de la región somalí, las cuales previamente a las elecciones generales se había decidido –por sus características particulares– que se votaría recién el próximo 21 de agosto de 2005¹⁷.

Al momento de concluir este trabajo –a días de cumplirse tres meses de las elecciones– la Comisión Electoral divulgó los resultados definitivos: la coalición gubernamental contará con 296 del total de los 547 escaños que se compone el Parlamento, sus partidos aliados han reunido 22 escaños. Por su parte la oposición reunida en torno a la Coalición para la Unidad y la Democracia, ha conseguido 109 escaños y el Frente Unido Democrático Etíope, 52 escaños. Con este resultado el FDRPE supera los 274 escaños que necesitaba para formar gobierno¹⁸.

¹⁵ EP/AP: "El líder de la oposición, liberado...", en <http://www.lukor.com/not-por/0506/14133130.htm>, op. cit.

¹⁶ Cfr. AFROL NEWS: "Controversia electoral y ataques a los medios de comunicación en Etiopía", en <http://www.afrol.com/es/articulos/16612>, 20 de Junio del 2005.

¹⁷ AFRICAN ELECTIONS DATABASE: "Elections in Ethiopia", en <http://africanelections.tripod.com/et.html>, 28 July 2005.

¹⁸ AFRICAN ELECTIONS DATABASE: "Elections in Ethiopia", en <http://africanelections.tripod.com/et.html>, 09 August 2005.

A modo de Conclusión

Las expectativas de que la nación etíope comience a transitar por carriles más democráticos se desvanecen. La preponderancia de la etnia tigré –minoría que representa el 7% de la población–, propició una peligrosa agudización de las tensiones étnicas, y un revanchismo remarcado entre los amharas, etnia dominante en la época imperial y del Derg. Conflictos que no supo o no quiso ver el gobierno de Zenawi al reproducir los viejos esquemas centralistas y unitarios.

Las elecciones del 15 de mayo del 2005 representaban la oportunidad de llevar a la praxis un discurso de apertura, tolerancia y participación pluriétnica pregonado por el actual régimen desde su llegada al poder y objetivado en la Constitución Nacional de 1994. Por el contrario, el gobierno se proyectó con una violencia inusitada reduciendo los espacios de libertad de los ciudadanos y reprimiendo en forma desmedida toda voz disidente.

Al mismo tiempo los observadores internacionales, casi en su totalidad, han contribuido en afianzar el fraude: en parte con su silencio ante las múltiples irregularidades manifiestas antes, durante y a posteriori a las elecciones del 15 de mayo; y en parte por aferrarse a una lógica de corte estrictamente diplomática que desembocó en posicionamientos y redacción de documentos cada vez más conciliadores, garantizando con ello la legitimación de un proceso a todas luces viciado.

Nuevamente, Etiopía está en una encrucijada. El régimen de Meles Zenawi tenía la oportunidad histórica y de hecho la responsabilidad indelegable, de garantizar que las elecciones libres y democráticas se sustancien con éxito y transparencia. Desafortunadamente los actuales acontecimientos nos corroboran que Zenawi (el niño mimado de Occidente) y la nueva elite enquistada en el poder no están dispuestos a democratizar en verdad al país. Sus discursos de apertura política y democracia pluriétnica han desembocado en la encarnación de un nuevo régimen dictatorial y represivo que promueve una red política clientelar destinada a perpetuarse en el poder.

Con este trabajo hemos podido constatar cómo desde la conformación del Estado moderno etíope ha primado el centralismo político encarnado en la hegemonización de algún grupo étnico por encima de los demás. La revolución de los campesinos, un 90% de la población, pareció abrir las puertas a una nueva forma de entender el Estado y su relación con la heterogeneidad y diversidad de sus gobernados. Infelizmente, no percibimos en la actualidad una ruptura sino una continuidad que desde Menelik II hasta Meles Zenawi ha propiciado la construcción de un Estado centralista, coercitivo hacia los disidentes y alejado de todo proyecto de integración consensuada.

Referencias Bibliográficas

BERTAUX, Pierre: *África. Desde la prehistoria hasta los Estados actuales*, en Historia Universal Siglo veintiuno, volumen 32, Siglo XXI de España Editores, Madrid, España, 1972

BOSCH, Alfred: *La vía africana. Viejas identidades, nuevos estados*, en Biblioteca de Estudios Africanos, número 4, edicions bellaterra, Barcelona, España, 1998.

CASTEL, Antoni: Guerra y etnofederalismo en Etiopía, en *Nova África*, número 7, CEA-OPSAF, Barcelona, España, enero del 2000.

CLAPHAM, Christopher S: *Transformation and Continuity in Revolutionary Ethiopia*, Cambridge University Press, 1988.

CORTES LOPEZ, José: *Introducción a la historia de África negra*, Espasa Calpe, 1984, Madrid.

GEBRU, Tareke: *Ethiopia: Power and Protest. Peasant Revolts in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, 1991.

LEFORT, René: "Campesinos etíopes en la tormenta electoral. Avalancha de la oposición y victoria del poder", *Le Monde Diplomatique*, Edición Cono Sur. Servicio Informe-Dipló. 15 de julio del 2005.

OLIVER, Roland y ATMORE, Anthony: *África desde 1800*, Ed. Francisco de Aguirre S. A., Santiago de Chile, 1977.

PENINOU, Jean-Louis, "El sueño etíope de potencia regional", *Le Monde Diplomatique*, Edición Cono Sur, julio del 2000.

The Constitution of the Federal Democratic Republic of Ethiopia, Addis Abeba, 1994.

VALDÉS VIVO, Raúl: *Etiopía la revolución desconocida*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1977.

Principales Páginas Web consultadas:

<http://www.afrol.com>

<http://www.ikuska.com/Africa/Paises/Etiopia.htm>

<http://africanelections.tripod.com/et.html>

<http://www.mae.es>

<http://www.ethiomeia.com>